

11296

ADMINISTRACION LIRICO-DRAMATICA

¡UNA PRUEBA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenado con grande aplauso en el Teatro Martín la noche del 22
de Enero de 1875.



²¹
MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1875

ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA

¡UNA PRUEBA!

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

MANUEL MATOSES

Estrenada con grande aplauso en el Teatro Martín la noche del 22
de Enero de 1875.



MADRID

IMPRESA DE LA SOCIEDAD TIPOGRÁFICA

Calle de la Flor Alta, núm. 1

1875

Digitized by the Internet Archive
in 2014

Á MIS QUERIDOS AMIGOS

D. RICARDO MARIN Y D. FEDERICO MINGUEZ

en prueba de muy sincero afecto

El Autor.

PERSONAJES.

JUANA.....
PEPA.....
FELIPE.....
D. ROQUE.....
GIL.....

ACTORES.

Srta. García (J.)
Sra. García (E.)
Sres. Castillo.
Barta.
Galé.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España, ni en sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lirico-dramática de D. EDUARDO HIDALGO, son los exclusivamente encargados de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

¡UNA PRUEBA!

ACTO ÚNICO.

Gabinete medianamente amueblado.—Velador á un lado y sobre él periódicos y libros.—Junto al velador una butaca.

ESCENA PRIMERA.

FELIPE.

Aparece sentado en la butaca leyendo un libro con impaciencia y haciendo frecuentes muestras de disgusto.—Pausa al alzarse el telon.

FELIPE. Esto es atroz, horrible, pero... ¡qué cierto es! ¡qué verdades tan amargas encierra este libro! (Lee con pausa, empapándose en lo que dice el libro.) «La mujer más virtuosa tiene en sí alguna cosa que jamás es casta...» (Meditando.) ¡Alguna cosa que jamás es casta! ¡Quién lo duda? Tiene razón Balzac, muchísima razón. Y mi Juana tendrá también alguna cosa... ¿por qué no habré yo leído este libro ántes de casarme? ¡Ah! pero el día que yo cojá á mi Juana en tanto así... (Lee.) «Un marido jamás debe ser el primero en dormirse, ni el último en despertarse...» No; esto ya lo hago yo, y con especialidad, desde que tengo este libro, cuya lectura me produce el mismo efecto que el café: me desvela... (Lee.)

«Desconfiad de las mujeres que hablan de su virtud...» ¡Cierto! ¡ciertísimo! es lo mismo que el hombre que á cualquier cosa apuesta una onza; es prueba clara de que no tiene un cuarto. (Haciendo memoria.) ¡Me ha hablado á mí mi Juana de virtud? Sí señor; ahora recuerdo que el otro dia... ¡Ay! Juana ¡pobre de tí! Y gracias á que ya he tomado mis precauciones; he suprimido la misa, el paseo, el teatro... he roto mis relaciones con todos mis amigos, ménos con Luis que es casado como yo; no visito á nadie, nadie me visita... ¡Y que este libro me ha abierto los ojos! Desengañémonos; aquí no hacemos libros como los franceses. ¡Esto es una perla, una perla que se encuentra por tres pesetas en cualquier librería!...

ESCENA II.

FELIPE, GIL.

Este último aparece en el foro, con un lio bajo un brazo, y el sombrero de copa en la mano: va elegantemente vestido, habla con ligereza, hace muchos movimientos y reverencias; es, en fin, exageradamente hablador y ceremonioso.

GIL. ¿D. Felipe?

FELIPE. Adelante, maestro.

GIL. (Rectificándole.) Oficial... ¡y gracias!

FELIPE. ¿Oficial? Yo creía que entre sastres y músicos todos eran maestros.

GIL. Sin embargo; mi modestia...—;Usted siempre con sus libros á vueltas! ¡Siempre calentándose los cascos!

FELIPE. ¡Psh! ¡Leo á Balzac! ¡Al gran hombre! ¡Al gran escritor! ¡Al gran anatomista del corazón humano!

- GIL. ¡Oh! ¡Balzac! ¡Ya lo creo! ¿No es ese el que ha escrito la Piel de Chagrin? (1).
- FELIPE. ¡El mismo!
- GIL. ¡Qué lástima que la haya escrito en frances!
- FELIPE. ¿Por qué?
- GIL. Porque si la hubiera escrito en castellano le hubiera producido más gloria y más dinero.
- FELIPE. ¡Eso no importa! ¡Se traduce!
- GIL. ¡No! ¡Las obras traducidas pierden mucho interes!—¿Quiere usted fumar? (Saca un pitillo y le enciende.)
- FELIPE. Gracias, no gasto. Pero ¡ya ve usted! ¡Como Balzac es frances!
- GIL. ¿Y qué tiene que ver eso? Los artistas somos cosmopolitas, universales. ¿No corto yo gabanes rusos?
- FELIPE. ¿Y qué?
- GIL. Nada: que soy de Calamocha, provincia de Tueruel, para servir á Dios y á usted.
- FELIPE. Gracias.
- GIL. (Aparte.) (Y que si no me pagas la levita me la vuelvo á llevar.) (Desata el lio, saca la levita, la sacude, la ostenta, la toma con cuidado, etc.—Cuando se la prueba á Felipe, la arregla él, da tirones de algunos sitios para encajarla, se echa hácia atrás para ver el efecto, etc. etc.)
- FELIPE. ¿Qué me trae usted?
- GIL. ¡La levita! ¡Esta si que es una gran prenda! ¡Quítese usted eso!
- FELIPE. ¡Vamos á ver cómo está! (Se quita el gaban.)
- GIL. ¿Y qué libro es ese?
- FELIPE. «La fisiología del matrimonio.»
- GIL. ¡Hola, hola! ¿Con que del matrimonio?
- FELIPE. Sí señor; un libro que si le lee usted no se casa.
- GIL. No; no hay cuidado; y aunque no lo lea tampoco.
- FELIPE. (Con interes.) ¿Aborrece usted á las mujeres?

(1) Pronúnciese como está escrito.

- GIL. ¡En extremo! (Felipe que aún está en mangas de camisa, abraza á Gil que todavía tiene la levita en la mano, distraído con la conversacion.)
- FELIPE. ¡Oh, amigo mio!
- GIL. ¡La mejor debiera estar zurcida!
- FELIPE. ¡Quién fuera sastre, como usted, para poder hacerlo!
- GIL. Pues ¿por qué se ha casado usted?
- FELIPE. Porque cuando ese libro me ha abierto los ojos... ¡ya no habia remedio!
- GIL. ¡Le compadezco á usted!
- FELIPE. Gracias.—¡Pruébeme usted la levita!
- GIL. ¡Manos á la obra! (Le ayuda á ponerse la levita.) ¡Ajajá!
- FELIPE. ¿Qué tal?
- GIL. ¡Ni pintada!
- FELIPE. Sin embargo... (Tentándose bajo el sobaco.) Sin embargo... aquí... parece que hay un bollo...
- GIL. ¡Eso será un golondrino!
- FELIPE. No; no señor, es que la levita hace un bollo.
- GIL. Bueno; yo me le comeré. (Aparte.) Lo que yo quiero es que me pagues.
- FELIPE. (Mirándose á un lado con dificultad.) Y aquí en el talle parece que hay un gallo...
- GIL. Le mataremos y... ¡para con arroz! (Riéndose.) ¡Já! ¡já! ¡já! ¡No es verdad que á mí se me ocurren cosas graciosas?
- FELIPE. ¡Ah! ¡sí! ¡mucho!
- GIL. ¡Casi soy un Balzac!
- FELIPE. ¡Apenas hay diferencia!
- GIL. En fin, esos defectos pronto están corregidos. (Aparte.) (Ahora embistamos.) Pues yo me habia traído la cuentecita.
- FELIPE. ¿Sí, eh? ¡Es usted en efecto, muy gracioso!
- GIL. (Aparte.) ¡Malo! ¡malo! ¡malo! Sí: dije, pues señor, ¿para qué he de hacer dos viajes?
- FELIPE. ¡Eh! ¡Un paseo más ó menos!
- GIL. ¡Como la otra cuenta me costó treinta y cinco paseos!

FELIPE. No; ahora no sucederá lo mismo, ¡espero unas letras!...

GIL. (Meditando.—Aparte.) ¡Qué hago? ¡Me la llevo? ¡Sí; me la llevo!) ¡Con que... espera usted unas letras?...

FELIPE. Sí... espero... (Aparte.) ¡Si tú supieras!

GIL. Bueno; pues la levita estará pronto arreglada. ¡Venga acá! (Se la quita de las manos, la arrebuña y la guarda en el pañuelo.) ¡Con que es usted desgraciado?

FELIPE. ¡Yo desgraciado?

GIL. Me refiero á su esposa.

FELIPE. ¡Ah! Sí señor.—Hombre, yo era el marido más feliz del mundo.

GIL. ¡Lo era usted, pero ya no lo es?

FELIPE. No señor; no lo soy desde que ese libro me ha hecho recelar. ¡Considere usted que dice Balzac, que de cada cien esposas, sólo hay diez que...

GIL. (Interrumpiéndole.) ¡Ménos, ménos!...

FELIPE. ¡Ménos, eh?

GIL. (Con aplomo.) ¡Ménos, sí señor! ¡Por qué no me caso yo?

FELIPE. ¡Oh! ¡Qué feliz es usted!

GIL. Y sobre todo ¡la libertad! Usted sabe lo que es la libertad?

FELIPE. Lo sé ahora que la he perdido...

GIL. ¡Oh! ¡La libertad! Tachin-tachin-tarachin-tachin! (Tararea el himno de Riego y mueve piernas y brazos marcialmente.)

ESCENA III.

DICHOS, PEPA.

PEPA aparece con una carta en la mano que entrega á FELIPE, y se coloca despues detrás esperando. — FELIPE abre la carta, lee la firma y da muestras de disgusto.— GIL limpia el sombrero de copa con el pañuelo, y mira de reojo á FELIPE.

PEPA. ¡Señorito!

GIL. (Deteniendo la accion.) ¡Alto! ¡Arr...!

FELIPE. (A Pepa.) ¡Qué es eso?

PEPA. Esta carta que ha traido uno... uno...

FELIPE. ¡Bueno: uno! ¡Venga la carta! (Hace lo indicado.)
¡De D. Roque! ¡Este es otro cantar! ¡Qué apostamos á que entre Balzac y D. Roque me hacen perder el juicio?

GIL: (Aparte.) ¡Otro reclamante! ¡Si no tiene un cuarto! ¡Nada, nada, decididamente me llevo la levita!

FELIPE. (Aparte.) ¡Hay que buscar dinero! ¡no hay remedio!

GIL. (Despidiéndose.) ¡Con que... cuando llegan esas letras?

FELIPE. Mañana... pasado... ¡Quizá hoy mismo!

GIL. Pues... hasta mañana, señor don Felipe.

FELIPE. (Distraido.) Agur, maestro!

GIL. Oficial, oficial primero...

FELIPE. Pues agur, oficial primero... (Gil se va tarareando. Felipe se queda pensativo leyendo la carta.—Pausa.)

ESCENA IV.

FELIPE, PEPA.

FELIPE. (Lee la carta demostrando su disgusto y encolerizándose poco á poco.) «Y si en el término de cuatro horas—

¡asesino!—no me entrega usted el importe del pagaré que espiró ayer...» ¡Que espiró ayer! ¡Prestamista infame! ¡Ah! Yo buscaré dinero, yo le entregaré la cantidad debida, y despues le pediré una satisfaccion; primero le pago, despues le mato; sí, sí; primero le pago y despues me cobro! (Volviéndose rápidamente hácia el foro, dice á voces.) ¡Tiemble usted, don Roque!

PEPA. (Asustada.) ¡Ay!!

FELIPE. ¿Qué es eso?

PEPA. ¡Qué me ha asustado usted, caramba, y estoy temblando!

FELIPE. Bueno: tiembla tú por don Roque, que otra cosa hará él por tí.—¡Dame el sombrero! (Pepa le alarga equivocadamente cualquier otro objeto.) ¡¡El sombrero he dicho!!

PEPA. ¡Ay! ¡Ay! ¡El som... bre... ro! ¡Tome usted!

FELIPE. ¡Voy á salir!... (Meditando primero, y decidido despues.) Sí; voy á salir.

PEPA. Bueno, señorito.

FELIPE. Si la señorita pregunta por mí...

PEPA. Qué ha salido usted.

FELIPE. (Incomodado.) ¡¡No, señora!!

PEPA. ¿Que no ha salido usted!

FELIPE. ¡Tampoco! ¡Que estoy encerrado en mi cuarto, trabajando... escribiendo...!

PEPA. ¡Bien! ¡Está bien!

FELIPE. Si vienen á preguntar por mí...

PEPA. Que está usted escribiendo...

FELIPE. ¡No tal!

PEPA. No; no señor, ya no está usted escribiendo...

FELIPE. Que he salido y que no sabes cuando volveré. (Aparte.) (Así nadie me esperará. Voy á casa de Luis en cinco segundos, le pido dinero y estoy de vuelta ántes que...) (Rápidamente.) ¡Agur! (Sale y vuelve corriendo junto á Pepa.) Si viene don Roque, el de la carta, un viejo, feo, prestamista...

PEPA. Sí; ya sé. ¿Qué le digo?

FELIPE. Que... me he embarcado para América.

PEPA. ¡Bueno! Sí señor.

FELIPE. (Variando de opinion.) No; no: ¡que me he muerto!
Sí; es lo mejor; ¡que me he muerto de repente!
(Sale corriendo.)

ESCENA V.

PEPA.

PEPA. ¡Ay! ¡Gracias á Dios! Pero señor, ¿qué tendrá este hombre? Hace dias que está que no hay quien le sufra. ¡Yo creo que los libros le van á volver loco! Y este... (Tomando el libro que dejó Felipe.) Este no le deja ahora de la mano, ¡le estará deprendiendo de memoria! (Deletreando la portada.) ... «sio... siolo... logia del ma... matrimonio.» ¡Válgame Dios! ¿Con que este es un libro para el matrimonio? ¡Ya, vamos! es que el señorito éste se habrá casado por lo cevil, y este será el reglamento para... ¡Ya lo entiendo! Pues, ¿y el que no sepa leer, cómo se casa? (Suena campanilla dentro. Sale Pepa corriendo y vuelve á escena con don Roque.)

ESCENA VI.

D. ROQUE, PEPA.

D. ROQUE sale chupando un cigarro al que le es imposible hacer arder, lo que demuestra encendiendo frecuentemente fósforos, haciendo gestos de mal sabor, etc., etc.

PEPA. Pues... ¡no está!

D. ROQ. ¡Hombre! ¡mire usted qué casualidad!

PEPA. Pues... ¡no está!

- D. ROQ. Bueno; me esperaré.
- PEPA. ¡Espérese usted! Digo, ¡no, no se espere usted!
- D. ROQ. ¿Por qué?
- PEPA. Porque el señorito tardará en venir.
- D. ROQ. (Desconfiando.) ¿De veras? ¿Con que... tardará en venir?
- PEPA. ¡De veras! ¡No tiene usted más que ver sino que se ha muerto! ¡Con que mire usted si tardará!
- D. ROQ. ¡Quiá! ¡No lo creas! Tu señorito no puede morirse.
- PEPA. ¿Por qué?
- D. ROQ. ¿Por qué? En primer lugar, porque no tiene un cuarto, y... ¡mal puede morirse quien no tiene para pagar su entierro!
- PEPA. ¡Me gusta la gracia!
- D. ROQ. Y en segundo lugar, porque tampoco puede morirse sin abonarme lo que me debe; ó lo que es lo mismo, no puede morirse sin que yo le dé permiso para ello.
- PEPA. Pues se ha muerto sin pedirle á usted permiso.
- D. ROQ. ¡Ah! El resucitará por la cuenta que le tiene. ¡Lo menos se ha muerto veinte veces desde que me debe dinero! Vamos á ver. ¿No ha recibido hace poco una carta mía?
- PEPA. Sí señor.
- D. ROQ. ¿Y qué ha dicho al leerla?
- PEPA. Dice: «Entre Balsá y éste van á volverme loco.» Y espiró.
- D. ROQ. ¡Te veo!—¿Con que... Balsá?
- PEPA. ¡Me parecé que ha dicho Balsá!
- D. ROQ. ¿Con que no soy yo solo? ¡Pero ese hombre debe á medio mundo! ¿Con que hay otro acreedor que se llama Balsá? ¿Con que? Ay! ay! ay! ¡qué malo lo veo!
- PEPA. ¿A quién?
- D. ROQ. A tu señorito, á tu señorito. No sabe él que si yo me enfurruco...

- PEPA. Sí; ¡se debe usted poner muy feo!
- D. ROQ. ¡Muy feo! ¡Qué más quisieras tú que casarte conmigo!
- PEPA. ¡Yo? ¡Ave María Purísima!
- D. ROQ. No; no hagas aspavientos; yo no me puedo casar sino con una mujer de mi rango...
- PEPA. Ja! ja! ja!
- D. ROQ. De mi clase: con una prestamista... ¡y como este no es oficio de mujeres!—Dame, dame tintero y papel, voy á poner á ese difunto una carta que se chupe los dedos.
- PEPA. (Poniendo el tintero sobre el velador.) ¡Y dónde le entrego yo la carta?
- D. ROQ. ¡Dónde? En el cementerio, ó donde se halle. (Deja sobre el velador el cigarro que ya no vuelve á coger.— Se sienta y escribe.) ... «esta es la primera intimacion... y á la tercera.... va la vencida... Volveré... y si ántes de las once... (Pausa.) Roque Lopez, prestamista.»—¡Eso es! ¡veremos si hace caso! (A Pepa.) ¡Con que dices que el otro se llama Balsá? ¡Y quién es ese Balsá?
- PEPA. ¡Vaya usted á saber!
- D. ROQ. ¡Y dónde vive Balsá?
- PEPA. ¡Yo qué sé?
- D. ROQ. Porque... ¡si yo me pudiera entender con ese otro!—En fin, hasta luego, que vendré á hacer la segunda intimacion.
- PEPA. ¡Vaya usted... como pueda! (Sale D. Roque y al salir tropieza con Gil.)

ESCENA VII.

GIL, PEPA.

- GIL. (Entrando rápidamente con el lio debajo del brazo.) ¡Caramba, que viejo tan feo! ¡Quién será este tío?—Pues señor, he mudado de opinion: porque va-

mos á ver ¿qué hago yo con la levita si ya está hecha? ¿Para qué la quiero en mi casa? Nada; se la daré y le perseguiré hasta que me pague. (Reparando en Pepa.) ¡Hola, muchacha!

PEPA. ¡Hola, maestro!

GIL. (Aparte.) ¡Maestro? Vamos, los dejaré en su error. ¡Se empeñan en llamarme maestro! ¿Qué le voy á hacer? (A Pepa.) ¡Y tu señorito?

PEPA. ¡Bueno!

GIL. ¡Anda, dile que salga!

PEPA. (Cruzándose de brazos.) ¡Ya sale!

GIL. (Mirando á todos lados.) ¿Por dónde?

PEPA. ¡Si no está en casa! ¿Cómo ha de salir?

GIL. ¿No está?

PEPA. No señor.

GIL. Pues... dile que no salga. (Aparte.) (¿Qué hago? ¿la dejo? ¿me la llevo?)

PEPA. Pero ¡si usted quiere algun recado!

GIL. Sí; yo queria dejarle está levita.

PEPA. Bueno; ¡déjela usted!

GIL. Pero tambien quisiera... (Aparte.) (Hombre, esta chica me puede decir algo...)

PEPA. ¿Qué quisiera usted?

GIL. (Mirando fijamente á Pepa y aparte.) (Caramba! ¿Que yo aborrezca tanto á las mujeres! Y las aborrezco ¡no lo puedo remediar!)—Díme, Rosa...

PEPA. Pepa, si le es á usted lo mismo.

GIL. A mí, completamente igual. ¿Con que Pé-pá?

PEPA. ¡Pepa!

GIL. Pues bien: hermosa Pepa. (Aparte arrepentido.) (¿Qué atrocidad! ¿Pues no la he llamado hermosa? ¡Y lo es! ¿Caramba si lo es!) (Alto y mirando á Pepa cariñosamente.) Diosa protectora de los sastres, sócórreme, no me dejes caer en la tentacion, mas líbranos de mal...

PEPA. (Sonriéndose.) ¡Amen!

GIL. (Idem.) ¡Jesús!—(Transicion.) Díme Pepa, ¿cómo está tu amo de...?

- PEPA. ¿De qué?
- GIL. ¿De...? ¿Si no me atrevo!
- PEPA. ¿Atrévase usted!
- GIL. (¿Qué más quisieras tú!) ¿Cómo está tu amo de... de salud!
- PEPA. Bien, ¡á Dios gracias!
- GIL. Y de... dinero.
- PEPA. ¡Mal, muy mal! ¡rematadamente mal!
- GIL. (Aparte y con vanidad.) (¡Quiá! ¿Si yo no lo huelo, que digamos!)
- PEPA. Con agua al cuello; debiendo á todo el mundo...
- GIL. (¡Me llevo la levita!)
- PEPA. Y asediado por todos ¡pobrecillo! ¡no le dejan respirar, y eso que él es un infeliz! ¡Créame usted!
- GIL. (Compadecido.) ¡Te creo! (Aparte.) (¡Vamos! ¡le dejaré la levita!)
- PEPA. ¡Ya ve usted! Si el hombre está cesante, ¿cómo ha de pagar? ¿Con qué ha de pagar?
- GIL. ¿Cosa muy natural!
- PEPA. Es lo que él dice: «¡Que me coloquen y pagaré!»
- GIL. ¿Tiene mucha razon!
- PEPA. Pero no le colocan porque no es de estos de hoy... ¿Tiene más que golverse de éstos?
- GIL. ¿Eso es más claro que el agua!
- PEPA. Pero ¿y si acabadito de golverse se güelve tambien el Gobierno?
- GIL. ¿Tambien es verdad!
- PEPA. ¡Y... velay! ¿Si se güelve, malo; si no se güelve, peor.
- GIL. Pues que se esté siempre *golvido* ó á punto de *golverse*, como dices tú.
- PEPA. ¿Considere usted si él tendrá ganas! ¿Siquiera por no ver á ese viejo!...
- GIL. ¿Al que salia cuando entraba yo?
- PEPA. ¿El mismo!

- GIL. ¿Y quién es ese estafermo?
 PEPA. ¡Toma! ¡un prestamista!
 GIL. (Variando de opinion.) ¿Un prestamista? ¿A quien
 tu señorito debe dinero?
 PEPA. ¡Huy! ¡Ya lo creo!
 GIL. ¿Mucho?
 PEPA. ¡Mucho!
 GIL. (Aparte.) (¡Cielos! Pues ¿cuándo voy yo á cobrar
 mi levita? (Cogiendo rápidamente el lio.) ¡Pues me la
 llevo!) ¡abur Pepa!
 PEPA. Pero ¡oiga usted!
 GIL. (Vase corriendo.) ¡Abur... Pepa!

ESCENA VIII.

PEPA.

- PEPA. ¡Nada, en cuanto ha visto que no tenia pro-
 babilidad de cobrar, ha ehado á correr! ¡Es la
 misma cancion de hace dos meses! ¡Y se nece-
 sita una calma para mentir! Gracias á que yo
 tengo una paciencia... A lo mejor:—Tilin, ti-
 lin.—¿Quién?—¿Está D. Felipe?—No señor,
 ha salido.—¿Cuándo vendrá?—Dentro de una
 semana.—¡Dígale usted que ha estado el case-
 ro!—Está muy bien.—Se pasa un cuarto de
 hora y...—Tilin, Tilin.—¿Está D. Felipe?—
 Está fuera de Madrid.—Pues dígame usted
 cuando venga que ha estado el zapatero.—
 Está muy bien, se le dirá.—Pasa otra media
 hora y... (Campanilla dentro.) ¡No lo decia yo? ¿Qué
 apostamos á que es otra visita de las coti-
 dianas?

ESCENA IX.

PEPA, FELIPE.

FELIPE. (Entrando rápidamente y muy incomodado.) ¡No hay quien tenga dos reales en toda la redondez de la tierra!

PEPA. (Aparte.) ¡Me da lástima!

FELIPE. Pero señor, ¿dónde habrá ido á parar tanto dinero como vino de Indias?

PEPA. ¡Señorito!

FELIPE. ¿Qué hay?

PEPA. Esta carta... (Presentando la carta.)

FELIPE. (Cogiéndola y rompiéndola.) ¡Enterado! Me paso la vida rompiendo cartas!...

PEPA. (Cariñosamente.) ¡Señorito!

FELIPE. ¡Qué hay! ¡Qué quieres!

PEPA. (Repentinamente.) Señorito, ¡por qué no se güelva usted?

FELIPE. ¿Que me vuelva? ¿A dónde?

PEPA. ¡Que se güelva usted á estos que hoy mandan!

FELIPE. ¿Y á tí quién te pregunta cuántos años tienes? ¡Bachillera! ¡Anda! ¡Vete á fregar! (Sale Pepa corriendo.)

ESCENA X.

FELIPE.

FELIPE. ¡Hasta la criada se atreve á darme consejos! ¡Lo que es no tener dinero! Los criados se le suben á uno á las barbas, la gente le asedia... pero señor, el que no tiene ¡cómo ha de pagar! ¿Puedo yo acaso repetir lo de los panes y los peces? Gracias á que hoy me dará Luis lo necesario para tapar la boca á ese hidrófobo don

Roque, á esa fiera con gaban... porque á mí no me digan, un prestamista no es más que una fiera escapada á Buffon... (Deja el sombrero sobre el velador y ve entonces la colilla que dejó D. Roque. Movimiento de estupefacción.) ¡Gran Dios! ¡Cielo santo! ¡Virgen María! ¡Qué es esto? ¡Una prueba clara, patente, irrecusable! ¡Una colilla de cigarro puro! ¡Sí, soy un marido engañado, un marido de los que Balzac denuncia, de los que Quevedo puso en ridículo, de los que hoy sirven de asunto á los gacetilleros! ¡Mi mujer me engaña y con un hombre que fuma esto... (Huele la colilla y hace muestras de repugnancia.) ¡Ajjj! ¡qué asco! Pero señor, ¿quién...? ¿cómo...? ¿cuándo...? ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... (Se deja caer en el sillón.) ¡A mí me va á dar algo! (Pausa.—Se limpia el sudor.—Transición repentina.—Se levanta.) ¡Pepa! ¡Pepa!

ESCENA XI.

FELIPE, PEPA.

- PEPA. ¡Llama usted, señorito?
- FELIPE. (Muy acaorado.) Ven acá, Pepa, responde. ¿Has estado alguna vez en la galera?
- PEPA. ¡Señorito! ¡por Dios! ¿Qué tiene usted?
- FELIPE. Contesta: ¿has estado alguna vez en la galera?
- PEPA. (Temblorosa.) ¡No señor! es decir: ¡Sí señor!
- FELIPE. ¡Hola! ¡Hola!
- PEPA. Verá usted lo que pasó: una vez mi prima la casada...
- FELIPE. (Interrumpiéndola.) ¿Qué es esto, Pepa?
- PEPA. (Lloriqueando.) ¿Eso? ¡Un cigarro!
- FELIPE. ¡No tal! ¡Esto es una punta!
- PEPA. Sí señor; ¡una punta!
- FELIPE. ¡Y qué olor! ¿Qué tabaco! ¿Quién ha dejado aquí esta infame colilla?

- PEPA. ¡Ay Dios mio! ¡Yo que sé, señorito!
- FELIPE. ¿Fumas tú acaso?
- PEPA. ¡No señor!
- FELIPE. ¿Tienes novio? ¿Ha venido aquí tu novio?
- PEPA. ¡No señor, no señor!
- FELIPE. ¿Quién se ha dejado esto aquí? ¿Qué colillero infame ha profanado este hogar...? ¡Pepa, Pepa! ¿Ves esta punta? Pues esta punta va á ser causa de la desgracia de una, dos, tres... cuatro personas! Tú, una de ellas, irás á la galera por cómplice.
- PEPA. ¿A la galera yo? ¡No señor! ¡Está usted equivocado! ¡No señor! ¡No crea usted que yo...! (Pepa sale corriendo al entrar Juana.)

ESCENA XII.

FELIPE, JUANA.

- JUANA. Pero ¿qué ocurre? ¿qué voces son esas?
- FELIPE. ¡Venga usted acá, señora!
- JUANA. ¿Señora?—Nublado y con celos.
- FELIPE. ¿Dónde ha estado usted hasta ahora?
- JUANA. (Con gravedad cómica.) ¡¡En la cocina!!
- FELIPE. ¡Ciertos son los toros! Bueno: ¡Ha estado usted en la cocina! ¡Un dato!
- JUANA. ¡Y grave!
- FELIPE. ¡Eso... ya lo veremos! (Transición aparente.) ¿Quiere usted fumar?
- JUANA. ¡Gracias! ¡No lo gasto!
- FELIPE. (Insistiendo.) Tome usted, señora, ¡fúmesese usted lo que ha dejado...
- JUANA. Pero vamos á ver: ¿puedo saber lo que ocurre?
- FELIPE. ¡Ya lo creo! ¿Qué es esto?
- JUANA. ¡Un cigarro!
- FELIPE. ¡No es verdad! ¡Esto no es más que una punta de cigarro!

- JUANA. (Incomodándose.) Pues... ¡una punta!
- FELIPE. ¿Quién se ha fumado lo que falta?
- JUANA. ¡A mí qué me importa?
- FELIPE. ¡Juana!... ¡Juana!... ¡Yo no fumo!
- JUANA. ¡Y yo?
- FELIPE. ¡Juanaaaaa...!
- JUANA. (Imperativamente.) ¡Felipe! La broma, si es broma, va siendo ya demasiado pesada... ¿Qué quieres decir con todo eso?
- FELIPE. (Da unos cuantos pasos precipitadamente por la escena y vuelve al proscenio donde Juana ha quedado cruzada de brazos.—Mudando de tono.) ¿Cómo ha venido este cigarro á casa?
- JUANA. Pero, ¿qué me sé yo?
- FELIPE. ¡Yo haré que lo sepas! ¡Yo investigaré... He de encontrar al dueño de esta colilla... aunque se esconda bajo siete estados de tierra le he de arrancar el corazón, aunque le tenga en los tobillos, y despues... despues... ¡ya verás! (Guarda con rabia la colilla en el bolsillo del gaban. — Coge de igual modo el sombrero y sale precipitadamente.)

ESCENA XIII.

JUANA.

- JUANA. Pero... ¿Se habrá vuelto loco mi marido? ¿Habrán podido los celos trastornarle el juicio hasta ese punto? ¡Ah! el mayor castigo que puede imponerse á una mujer es el de vivir junto á un hombre celoso... Pero... ¡vamos á ver! ¿De quién es ese cigarro? ¿Quién puede haberle traído? (Campanilla dentro.— Sale D. Roque, no se quita el sombrero, habla y acciona desembarazadamente.)

ESCENA XIV.

JUANA, D. ROQUE.

- D. ROQ. (Desde la puerta.) ¡Y ese pérdis? ¡ha vuelto?
- JUANA. ¿Qué es eso?
- D. ROQ. ¡Ay señora! ¡creia...!
- JUANA. ¿A quién llama usted pérdis?
- D. ROQ. A un tal Felipe: ¡más tramposo que...!
- JUANA. ¿A mi marido?...
- D. ROQ. ¡Valiente marido! ¿Con que marido de usted?
- JUANA. Sí señor. ¿Y con qué derecho...?
- D. ROQ. Pues... ¡Casi nada! ¡Con el derecho que me da este pagaré vencido ayer y aún no pagado hoy!
- JUANA. ¡Y si mi esposo no tiene dinero...!
- D. ROQ. ¡Que se meta á prestamista como yo! ¡O que se vaya á un camino á probar fortuna! ¿A mí qué me cuenta usted?
- JUANA. (Dignamente.) ¡Caballero!...
- D. ROQ. (Aparte.) ¡Me llama caballero! ¡No me ha conocido!
- JUANA. ¡Ese lenguaje...!
- D. ROQ. Sí señora; este lenguaje está de sobra. Aquí lo que hace falta es de esto... (Señal de dinero.) Con las palabras no se come. Con que ¿dónde está ese señor esposo?
- JUANA. Ha salido... ¡y buen humor tiene hoy!
- D. ROQ. ¡Tambien yo le tengo bueno! ¿Cree usted que á mí me asustan los hombres? ¡Pues, no faltaba más! ¡Que me pague y no volveré por aquí!
- JUANA. En fin... ¿Qué quería usted?
- D. ROQ. Nada, que aquí espero á ese señor, y si me levanta el gallo!...
- JUANA. ¡Va á tardar mucho!...
- D. ROQ. ¡Esperaré mucho!
- JUANA. ¡Espere usted hasta el dia del juicio!... (Vase.)

ESCENA XV.

D. ROQUE.

D. Roq. ¡Hombre!... ¡Mentira parece! ¡Hasta para hacer favores necesita un hombre saber... filosofía!— Cuando un hombre necesita dinero, mucho... «D. Roque. ¡Usted es mi ángel tutelar! ¡Salveme usted de un desastre, D. Roque!» Cuando uno los ha sacado del apuro, el ángel tutelar es ya para ellos un energúmeno. No sé cómo teniendo esta profesion mia tantas quiebras, tantos peligros... no sé cómo hay tanto prestamista.—¿Que si los hay? Media humanidad presta hoy dinero á la otra media... (Campanilla.) Lllaman: debe ser el leon Felipe; ¡aquí se verá la lucha de una fiera con un prestamista!

ESCENA XVI.

FELIPE, D. ROQUE.

FELIPE entra cabizbajo y abatido.—Al reparar en D. ROQUE corre á él con los brazos abiertos y le estrecha fuertemente.

FELIPE. ¡Ay D. Roque de mi alma! ¡Dulce y cariñoso amigo mio!

D. Roq. ¡Eh! ¡Caramba, vaya un modo de apretar!

FELIPE. Sí; usted es mi amigo; aún me queda en el mundo la amistad de usted.

D. Roq. Sí señor; y cuanto más amigos, más claros. Mire usted, son las diez... (Mirando el reloj.)

FELIPE. ¡No lo crea usted!

D. Roq. ¡Cómo que no lo crea? (Enseñándole el reloj.) Digo que son las diez; si á las once...

- FELIPE. ¡Por Dios, D. Roque, por Dios! ¡No se acuerde usted de eso! ¡Hoy lo que yo necesito son los consuelos de la amistad, los consejos de un buen amigo como usted! Ay! (Lloriqueando.) ¡Necesito desahogar mi pecho... ay! llorar... llorar mucho... para mitigar...
- D. ROQ. (Aparte.) (Malo... malo... malo... ¡Tendré que embargarle! ¡Todos recurren al llanto sin calcular que á mí eso no me hace mella!)
- FELIPE. (Transición.) ¿Es usted casado?
- D. ROQ. (Con mala cara.) No; ¡soy prestamista!
- FELIPE. ¡Ah! sí, ¡no me acordaba! ¡es incompatible! D. Roque, si alguna vez le pasa á usted por la imaginación la disparatada idea de contraer matrimonio...
- D. ROQ. No; ¡á mí no se me ocurren nunca esas cosas!
- FELIPE. D. Roque, ¡no se case usted!
- D. ROQ. No; no, ¡pierda usted cuidado!
- FELIPE. ¡Quizá algún día tenga usted que agradecerme este consejo que le doy...!
- D. ROQ. Gratis. ¿Eh? ¡Mil gracias!
- FELIPE. Antes que casarse... ¡péguese usted un tiro!
- D. ROQ. ¡No hace falta!
- FELIPE. Ó dos, ó tres...
- D. ROQ. No; con uno me bastaría, ¡yo no soy malgastador! (Saca el reloj.) ¡Mire usted!... ¡las diez y cinco!
- FELIPE. (Desentendiéndose.) ¡Ah! ¡las mujeres...! D. Roque, yo la amaba... como... como se ama en la juventud: yo hubiera dado por ella... la sangre de mis venas; hubiera hecho por ella... ¿qué sé yo?
- D. ROQ. Bueno, ¿y quién es ella?
- FELIPE. ¿Quién ha de ser? Juana! mi Juana! mi esposa Juana!
- D. ROQ. ¡Ya, vamos, ya!—Con que... (Saca el reloj y le enseña á Felipe que no hace caso.) Las diez y siete minutos.
- FELIPE. Ahora vengo de casa de sus padres de decir-

les que vengan por ella; que se la lleven... y luego... ¿quién sabe lo que será de mí? ¿Qué hago yo en el mundo? ¡vamos á ver!

D. ROQ. (Alarmado.—Aparte.) ¡Carape! ¡lo dirá de veras! ¡Felipe! ¡Felipe! ¡Tranquilícese usted! Los hombres formales no se dejan arrebatarse tan pronto por la desgracia. Sobre todo... ántes de hacer una cosa así, los hombres deben arreglar sus asuntos, saldar sus cuentas...

FELIPE. (Pensativo.) ¡Nada, nada me queda ya en el mundo!

D. ROQ. ¡Si tal! Le quedan á usted deberes que cumplir... pagarés que satisfacer...

FELIPE. ¡Todo lo olvido ya! ¡todo!

D. ROQ. No, hombre, no; no me olvide usted á mí.

FELIPE. (Absorto.) ¡Y qué bien ocultaba la infame su crimen, bajo las apariencias de un cariño falso! Me acariciaba, sí, D. Roque, me acariciaba; pero dice Balzac: «El día en que una mujer empieza á guardar ciertas consideraciones á su marido... ¡no hay más que hablar!»

D. ROQ. Eso es; ¡no hay más que hablar!... (Saca el reloj.) ¡Las diez y diez!

FELIPE. Sí; sí hay más que hablar, amigo mio, hay más que hablar. (Creciendo en cólera.) ¡Tengo en mi poder una prueba clara, evidente, indestructible, y donde encuentre al dueño de la prenda... donde encuentre al vil gusano... (Saca la punta del cigarro.—D. Roque al verla busca en sus bolsillos la que él creyó guardar, y reconoce como suya la que Felipe tiene en la mano.) donde tropiece con el miserable...

D. ROQ. (Cándidamente.) ¡Hombre! si es mía; pero ¡no quiere arder!

FELIPE. (Exaltado.) ¿Cómo? ¿Qué? ¿Es de usted? ¿Es de usted esa punta? ¡Tío Roque!

D. ROQ. (Asustado.) ¡Pero... Felipe!

FELIPE. ¡Roquecillo! ¡Roquezuelo!

D. ROQ. ¡Calma, hombre, calma! ¿Qué tiene que ver eso?

- FELIPE. ¡Que no tiene que ver? ¡Usurero infame! ¡Sanguijuela de hombres honrados! ¡Con que es usted el que so pretexto de cobrarme un pagaré...? (Se dirige á un rincon y toma una espada vieja.)
- D. ROQ. Felipe, ¡por la Virgen de Atocha!

ESCENA XVII.

DICHOS, GIL.

- GIL. (Apareciendo en la puerta con el lio de ántes.) ¡Señores! ¡Qué es esto? D. Felipe ¿qué hace usted? (Corre á contener á Felipe.)
- FELIPE. ¡Déjeme usted cortarle algo!
- D. ROQ. ¡Caballero, si lo sois, amparad á un prestamista!
- GIL. (Con asombro.) ¡Prestamista?
- FELIPE. Sí; ¡prestamista y rondador de mujeres ajenas!
- GIL. Entonces... (Soltando á Felipe.) ¡Ya es otra cosa!
- D. ROQ. Hombre, ¿y usted qué es?
- GIL. (Orgullosamente.) ¡Yo?... ¡Sastre!
- D. ROQ. ¡Pues!... ¡Primo-hermano mio!
- GIL. Oiga usted ¿eso es un insulto?
- D. ROQ. No, señor; porque yo no insulto gratis.
- FELIPE. No; déjeme usted, ¡si esto es cuestion mia! (A D. Roque.) Tio Roque, me debe usted la vida... ¡á pagarme!
- D. ROQ. ¡Qué le he de deber yo á usted!
- FELIPE. ¡Me dará usted una satisfaccion!
- D. ROQ. ¡Yo no doy nada! ¡Buenos están los tiempos para dar!
- FELIPE. D. Roque; ¡De mis pasos en la tierra...!

ESCENA XVIII.

DICHOS, JUANA, luego PEPA.

- JUANA. ¡Felipe! ¿Qué haces?
- GIL. ¡La gorda, señores, la gorda!
- FELIPE. ¿Qué hago? ¡Venga usted acá, señora; venga usted acá! ¡Ya pareció el dueño de la punta!
- JUANA. ¿De qué punta?
- D. ROQ. (Muy atemorizado.) ¡La de... mi... cigarro!
- FELIPE. ¡Lo oye usted? ¡Es suya! (A D. Roque.) El hombre que se deja las puntas en casa de un matrimonio cuando el marido esta fuera, es un... ¡Yo debo quedar aquí vengado!
- GIL. (¡Cuando yo no me he casado!)
- D. ROQ. Señora: ¡convénzale usted de que no nos conocemos! ¡Por Dios!
- JUANA. ¡Yo no necesito volver por mi honra!
- FELIPE. ¿Para qué? ¡Si está todo bien claro! ¡Si este testigo mudo!... (Saca la colilla.—Pepa aparece en el foro con una carta en la mano, y se detiene al ver la escena.)
- D. ROQ. Pero señor, si esa punta me la dejé yo olvidada, con mucho sentimiento mio, cuando estuve á hacer á usted la primera intimacion.
- FELIPE. ¿Qué intimacion?
- D. ROQ. ¡La del pagaré!
- PEPA. (Adelantándose.) Sí señor, este caballero...
- FELIPE. ¡Cállese usted, encubridora!
- JUANA. ¡Pues no ha de callar! ¡Habla, Pepa!
- PEPA. Este señor, vino con ese cigarro y lo encendió lo ménos veinte veces.
- D. ROQ. ¿Y qué culpa tengo yo de que no arda? ¡Si es de á cuarto!
- FELIPE. (A Pepa.) Entónces ¿por qué cuando yo te pregunté?...

- PEPA. ¡Si parecía que me quería usted comer! (Entrega á Felipe la carta. Este la abre rápidamente.)
- D. ROQ. Don Felipe: ¡las diez y media!
- FELIPE. (Al ver los billetes que contiene la carta.) ¡Ah! ¡Luis me ha socorrido á tiempo! (A D. Roque.) ¡Venga el pagaré! ¡Tome usted su dinero!
- GIL. (Aparte.) (¡Hay dinero! ¡Pagan! ¡Aprovechemos la ocasion!) (Saca la levita, la sacude, la pasa la mano y la presenta á Felipe y saca la cuenta del bolsillo.) ¡D. Felipe!... D. Felipe!... La... la... la levita!
- FELIPE. (Cogiéndola y tirándola sobre una silla.) ¡Venga! ¿Trae usted la cuenta?
- GIL. (Con sorna, y presentando la cuenta.) ¡Que si la traigo! ¡Eh?
- FELIPE. (Mirándola.) ¡Cuatrocientos!
- GIL. ¡Regalada! ¡De balde!
- FELIPE. ¡Muchas gracias! ¡Tome usted!
- GIL. (Mirando al trasluz los billetes.) ¿Serán falsos? Porque ¡andan tantos por ahí!
- FELIPE. ¡Juana!
- JUANA. Vamos, ¿qué dirás ahora? ¡alborotador!
- FELIPE. Digo que he sido un mentecato impresionado por la lectura de ese funesto libro, que voy á tirar por el balcon... (Coge el libro.)
- JUANA. (Conteniéndole.) No; ese libro que he leído á ratos, está escrito más bien para avisar á las casadas que para asustar á los maridos. Observa que advierte á las mujeres que no pasen de la portada, con el propósito de que la curiosidad las aliente á leerle.
- D. ROQ. ¿Y quién ha hecho ese libro?
- JUANA. ¡Balzac!
- D. ROQ. ¡Hombre! ¿Balsá? ¿el otro prestamista? ¿Un prestamista que hace libros?
- FELIPE. ¡Qué prestamista ni qué ocho cuartos! ¿Qué entiende usted de eso?
- D. ROQ. Tiene usted razon, ¡ni ganas! ¿Me da usted la colilla para ver si ahora puedo hacerla arder?

FELIPE. ¡ Ahí va ! ¡ Llévense á usted y á la colilla dos mil demonios ! ¡ Qué rato me ha hecho pasar !

D. ROO. ¡ Gracias ! (Al público.)

Ya la cuenta está saldada
y la paz asegurada.

¡ Bien ! Ahora necesito
que me deis... un fosforito,
ó mejor... una palmada.

TELON.

The first part of the report
 is devoted to a general
 description of the
 country and its
 resources. It is
 followed by a
 detailed account of
 the various
 industries and
 occupations of the
 people. The
 report concludes
 with a summary
 of the principal
 facts and a
 list of the
 principal
 places visited.

The second part of the report
 is devoted to a
 description of the
 various
 industries and
 occupations of the
 people. It is
 followed by a
 detailed account of
 the various
 industries and
 occupations of the
 people. The
 report concludes
 with a summary
 of the principal
 facts and a
 list of the
 principal
 places visited.

The third part of the report
 is devoted to a
 description of the
 various
 industries and
 occupations of the
 people. It is
 followed by a
 detailed account of
 the various
 industries and
 occupations of the
 people. The
 report concludes
 with a summary
 of the principal
 facts and a
 list of the
 principal
 places visited.

The fourth part of the report
 is devoted to a
 description of the
 various
 industries and
 occupations of the
 people. It is
 followed by a
 detailed account of
 the various
 industries and
 occupations of the
 people. The
 report concludes
 with a summary
 of the principal
 facts and a
 list of the
 principal
 places visited.

DEL MISMO AUTOR.

¡SIN COCINERA!—Juguete cómico en un acto.

¡UNA PRUEBA!—Idem, id., id.

Á PRIMERA SANGRE.—Pasillo cómico en un acto.

NI TANTO, NI TAN CALVO...—Juguete cómico en un acto.

ZARAGATA, (*fragmentos de la vida de un infeliz.*)—Novela cómica; un volúmen en 8.º, 4 rs. en toda España.

THE HISTORY OF THE

... ..
... ..
... ..
... ..

... ..
... ..

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; de los *Hijos de Fé*, calle de Jacometrezo, 44, y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion*, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.